

## Mensaje del Presidente de Fundación Merced, A.C.

En los tres años que llevo de presidir a la Fundación Merced, nos hemos hecho permanentemente el cuestionamiento de cuál es el papel que debe asumir la sociedad civil, buscando participar en la solución de la problemática social en la que hoy estamos inmersos.

Cuando analizamos las características de los países desarrollados en materia de bienestar social para sus ciudadanos, observamos que, al igual que en nuestro caso, los gobiernos y su sociedad civil con propósitos de lucro, el mercado, dejan grandes espacios desatendidos; sin embargo en esos países la sociedad civil solidaria se ha preocupado por cubrir con responsabilidad y entusiasmo dichos espacios y se ha desarrollado lo que se denomina el arte asociativo, la formación de capital social. Es decir el ir mas allá de la crítica y la queja y buscar auténticas soluciones a los problemas sociales formando asociaciones civiles con los más diversos propósitos de bienestar social, en E.E.U.U. se habla de que hay más de 7 millones, en México 60,000.

Cabe preguntarse cuáles son los principales espacios desatendidos o viciosamente atendidos, en los que debe actuar la sociedad civil.

En primer término yo diría que el tema de la pobreza, fácilmente palpable y evidente a nuestro alrededor, nos lleva a pensar que nuestra sensibilidad social, nuestros esfuerzos tienen que estar enfocados a temas tales como la salud, la educación, la capacitación, el desarrollo de habilidades, etc. con el propósito de incorporar al mayor número de personas al proceso económico del país.

Lo anterior es perfectamente válido y correcto y además habremos de aceptar que en una sociedad heterogénea en todos los aspectos como la de nuestro país, hay muchos que aún cuando les tratemos de enseñar a pescar, no habrá suficientes pescados para ellos, por lo que siempre, en un porcentaje mayor o menor, permanecerán marginados o excluidos, por lo que requieren del apoyo, a veces no transitorio, de programas asistenciales. Este concepto no siempre es bien entendido en nuestro medio.

Por lo tanto este campo de acción, el simplemente asistencial, también es perfectamente válido para dirigir las estrategias de participación de la sociedad civil, sin embargo quisiera yo exponerles una reflexión sobre un espacio desatendido de los que les he comentado y que es claramente perceptible y ciertamente prioritario.

Hemos incorporado en nuestra cultura, en todos los niveles sociales, actitudes y costumbres, como las siguientes:

Estamos muy habituados a dudar por sistema de la integridad, de la honestidad de las instituciones públicas y a veces también de las privadas. Lo anterior es desafortunadamente justificado. A desconfiar por principio de la información que se nos proporciona por cualquier medio.

Acostumbramos criticar y quejarnos del diario acontecer, aún cuando no necesariamente nos sentimos obligados a participar en la búsqueda de soluciones.

Con frecuencia consideramos “los más vivos”, entre comillas, son los que mejor se adaptan a la situación y obtienen éxitos materiales y que esto por la frecuencia con que se da, no es del todo ilegítimo.

Ha cundido la práctica de denigrarnos permanentemente como país y hacernos sentir inferiores sin remedio, ante los resultados que obtienen los gobiernos y los ciudadanos de otros países. Degradamos nuestra autoestima con exageración.

Hemos llegado a la conclusión de que no somos capaces de desarrollar una economía de libre mercado que sea capaz de crear riqueza y de establecer políticas públicas y privadas que permitan que ésta se disperse con sentido de equidad y justicia.

Percibimos que nuestra democracia no es un proceso necesariamente destinado a lograr el bienestar de la sociedad, el bien común, sino más bien una herramienta cuyo fin fundamental es lograr obtener o mantener el poder de algún grupo político.

Quizá en opinión de algunos de ustedes pudiera yo exagerar en los conceptos anteriores, sin embargo creo que aceptarán que en mayor o menor grado son parte de nuestra vida diaria, de nuestro dialogo cotidiano y que desgraciadamente lo perciben los niños y jóvenes cada vez con mayor naturalidad y actúan en función de ello.

Además de la observación de las actitudes sociales que enumeré, se llega a la conclusión que hay comunes denominadores en todas ellas: el escepticismo, el fatalismo, el desencanto, la desconfianza colectiva al cumplimiento auténtico de los compromisos y obligaciones pactados; desgraciadamente lo anterior se alimenta con los hechos, ratificados en los escándalos que periódicamente, ya casi cíclicamente se nos ofrecen, nuestra convivencia se ha vuelto tensa y ríspida.

Estoy convencido y la experiencia internacional así lo demuestra, que los programas de desarrollo económico, de seguridad, de justicia, de educación, de recaudación y todos los que intentemos siempre lograrán resultados mediocres, menores, si el sector público y el sector privado en sus diferentes expresiones, toman sus decisiones y actúan sin estricto apego a un marco de valores éticos mínimos.

Este es el espacio prioritario, claramente desatendido en nuestra diaria convivencia, al cual antes me referí, que le da a la sociedad civil la oportunidad de ampliar y optimizar nuestro capital social, potenciando su vocación asociativa, creando instituciones civiles cuya misión actualizada y moderna sea el impulsar, el crear una nueva actitud ciudadana, a través de:

- Formación en valores éticos a niños y jóvenes
- Convencer a los adultos que si deseamos el bienestar para ellos, sus familias y comunidades, la ética no es una opción sino una obligación.
- Exigiendo a las entidades del sector público y a las empresas del sector privado la observancia plena de la ética en todas sus acciones y decisiones.

Lo anterior no es una utopía, en Europa y en los Estados Unidos hay muchas asociaciones civiles cuya misión se circunscribe a los tres enunciados anteriores.

Estoy convencido de que esta es la única forma de romper ese individualismo que dificulta el progreso colectivo y la democracia, que imposibilita el que podamos usar la palabra nosotros con orgullo, necesitamos construir una conciencia colectiva en la que los valores éticos sean el referente principal de las decisiones de todos.

Hemos creado una sociedad civil si bien creciente, todavía pequeña, que actúa subordinada y subsidiariamente al estado y al mercado, y esto no es suficiente, necesitamos actualizar y renovar sus metas, de modo que exija, a través del concepto motriz de la ética, el ser protagonista en el logro de un desarrollo justo y sustentable y una democracia participativa de verdad.

***C.P. Juan Orozco Gómez Portugal***